

La ciudad de las sorpresas

En una soleada tarde de verano, Nico estaba jugando en su habitación cuando escuchó a sus padres llamarlo al salón.

Sentado en el sofá, con su robot de juguete en la mano, Nico recibió una noticia que cambiaría su vida:

—Nico, tenemos algo importante que decirte. Vamos a mudarnos a una nueva ciudad el próximo mes —le dijo su mamá, agarrándole de la mano.

—¿Mudarnos? ¿Pero y el cole y mis amigos?, preguntó Nico asustado.

—Sabemos que es un gran cambio, pero será una nueva aventura muy emocionante. Tendrás un nuevo colegio y conocerás a muchos amigos nuevos —respondió su papá, intentando calmar al pequeño.

Al principio, Nico sintió un hormigueo en el estómago. Era una mezcla de nervios y una pizca de emoción. Pero pronto esos sentimientos dieron paso a la tristeza. Pensó en su mejor amigo Lucas, y en todas las aventuras que ya no vivirían.

—¿Pero... y Lucas? ¿Ya no volveré a verlo nunca más?

—Claro que sí, cariño, podréis seguir siendo amigos. Hoy en día, con las videollamadas, es fácil mantener el contacto. Además, podemos invitarlo unos días en vacaciones. ¿Qué te parece?

Nico asintió, aunque una suave tristeza se esparcía por su pecho. Esa noche, se acostó sintiéndose como si una nube gris lo siguiera a todas partes.

Las semanas siguientes fueron un torbellino de cajas y maletas. Nico ayudó a empaquetar sus juguetes y libros; cada objeto le recordaba un momento feliz en su antigua casa.

Llegó el día de despedirse de sus amigos. Organizaron una pequeña fiesta en el jardín, con juegos y risas que llenaron el aire. Pero cuando llegó el momento de decir adiós, Nico sintió un nudo en la garganta.

—¿Prometes llamarme cuando llegues? —preguntó Lucas, visiblemente emocionado.

—Lo prometo. Y te enviaré fotos de mi nuevo cole —aseguró Nico.

Lucas asintió, y ambos se dieron un fuerte abrazo.

—Siempre serás mi mejor amigo, Nico, sin importar la distancia, ¿verdad? —A Lucas se le escapó una lagrimita.

—Siempre, Lucas. Siempre —dijo Nico mientras sonreía.

Mientras se alejaba en el coche, Nico miró por la ventana. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero sabía que siempre llevaría esos recuerdos en su corazón.

La nueva casa era más grande y estaba cerca de un parque enorme. Nico exploró cada rincón de su nuevo hogar con una mezcla de curiosidad y una pizca de angustia por lo desconocido.



El primer día en su nuevo cole fue intimidante. Entrar a una clase llena de rostros desconocidos hizo que su estómago se retorciera de nervios. Sin embargo, durante el recreo, una niña llamada Violeta se acercó y lo invitó a jugar.

—Hola, soy Violeta. ¿Eres nuevo aquí? ¿Quieres jugar con nosotros?

—Eh... sí, soy nuevo. Me llamo Nico. Me encantaría, muchas gracias —afirmó Nico.

Jugaron toda la tarde, y Nico comenzó a sentirse un poco más tranquilo.

—¡Mañana te enseñaré el mejor escondite del parque! —gritaba Violeta mientras corría hacia sus padres, que habían venido a recogerla.

—¡Eso suena genial! ¡Adiós, Violeta! - se despidió Nico.

Violeta era amable y divertida, y pronto, Nico comenzó a sentirse menos solo.

Pasaron los días, y Nico empezó a disfrutar de las pequeñas sorpresas de la ciudad. Descubrió una heladería con el helado más delicioso que había probado y un parque con el tobogán más alto.

Unas semanas después, Nico y Violeta estaban compartiendo un helado después de jugar cuando Nico dijo:

—Sabes, al principio tenía mucho miedo de mudarme aquí.

—Es normal sentirse así cuando todo es nuevo. Pero lo estás haciendo muy bien —dijo Violeta, saboreando su rico helado.

—Sí, aunque sigo echando mucho de menos a Lucas. He hecho buenos amigos y hay muchas cosas divertidas que hacer —respondió Nico, sintiendo una bonita calma en su corazón.

Violeta sonrió.

—¡Además, aún hay muchas más aventuras por vivir! —exclamó.

Nico asintió, sabiendo que, aunque el cambio fue grande, había traído cosas maravillosas a su vida. Y aunque extrañaba a Lucas y su antiguo hogar, sabía que siempre podía hacer espacio para más amigos y más aventuras en su vida.

Fin.